

co y gubernativo. Era una de esas personas que, no habiendo recibido educación, parece que la han tenido cumplidísima, por lo bien que se expresan, por la firmeza con que se imponen un carácter y lo sostienen, y por lo bien que disfrazan con las retóricas sociales las brutalidades del egoísmo humano.

De la memoria de su Jáuregui llevó el pensamiento á su sobrino. Eran sus dos amores. Subiéndose las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, prosiguió así: «Pues conmigo no juega. Le pongo en la calle como tres y dos son cinco. Tendré que hacer un esfuerzo, porque le quiero como debe de quererse á los hijos... ¡Yo que tenía la ilusión de casarle con Rufina, ó al menos con Olimpia!... No, me gusta mucho más Rufina Torquemada. Cuidado que soy tonta. Al verle tan huraño, y que se escondía cuando entraba doña Silvia con su hija, creía que hablarle á este chico de mujeres era como mentarle al diablo la cruz. Fíese usted de apariencias. Y ahora resulta que hace meses sostiene á una mujer, y se pasa el día entero con ella y... Vamos, yo tengo que ver esto para creerlo... Y otra cosa: ¿cómo se las arreglará para mantenerla?... La hucha está allí con su peso de siempre...

Doña Lupe, al llegar aquí, se engolfó en cavilaciones tan abstrusas que no es posible seguirla. Su mente se sumergía y salía á flote,

como un madero arrojado en medio de las bravas olas. La buena señora estuvo así toda la tarde. Llegada la noche, deseaba ardientemente que el sobrino entrase de la calle para descargar sobre él todo el material de lavas que el volcán de su pecho no podía contener. Entró el siete-mesino muy tarde, cuando su tía estaba ya comiendo y se había servido el cocido. Maximiliano se sentó á la mesa sin decir nada, muy grave y algo azorado. Empezó á comer con apetito la sopa fría, echando miradas indagatorias é inquietas á su señora tía, que evitaba el mirarle... *por no romper...* «Debo contenerme—pensaba ella—hasta que coma... Y parece que tiene ganitas...» A ratos el joven daba hondos suspiros mirando á su tía, cual si deseara tener una explicación con ella. Más de una vez quiso doña Lupe romper en denuestos; pero el silencio y la compostura de su sobrino la contenían, haciéndole temer que se repitiera el rasgo varonil de aquella mañana. Por fin, apenas cató el joven unas pasas que de postre había, se levantó para ir á su cuarto; y apenas le vió doña Lupe de espaldas, se le encendieron bruscamente los ánimos y corrió tras él, conteniendo las palabras que á la boca se le salían. Estaba el pobre chico encendiendo el quinqué de su cuarto, cuando la señora apareció en la puerta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: «Zascandil.»

No se inmutó Maximiliano, ni aun cuando doña Lupe, repitiendo su apóstrofe, llegó al cuarto ó al quinto *zascandil*. Y como si esta palabra fuera el tapón de su ira, tras ella corrieron en vena abundante las quejas por lo que el chico había hecho aquella mañana. «Y no quiero hablar ahora del motivo—añadió ella;—de esa moza que te has echado... y que sin duda empieza por pegarte su mala educación. Voy á la patochada de esta mañana. ¿Crees que tu tía es algún trapo viejo?»

El muchacho se sentó en la silla que junto á la cama estaba, y apoyando el codo en ésta, aguantó el achuchón, sin mirar á su juez. Tenía un palillo entre los dientes, y lo llevaba de un lado para otro de la boca con nerviosa presteza. Ya se le había quitado el gran temor que la hermana de su padre le infundía. Como ciertos cobardes se vuelven valientes desde que disparan el primer tiro, Maximiliano, una vez que rompió el fuego con la hombrada de aquella mañana, sentía su voluntad libre del freno que le pusiera la timidez. Dicha timidez era un fenómeno puramente nervioso, y en ella tenían no poca parte también sus rutinarios hábitos de subordinación y apocamiento. Mientras no hubo en su alma una fuerza poderosa, aquellos hábitos y la diátesis nerviosa formaron la costra ó apariencia de su carácter; pero surgió dentro la energía, que estuvo luchando durante

algún tiempo por mostrarse, rompiendo la corteza. La timidez ó falsa humildad endurecía ésta, y como la energía interior no encontraba un auxilio en la palabra, porque la sumisión consuetudinaria y la cortedad no le habían permitido educarla para discutir, pasaba tiempo sin que la costra se rompiera. Por fin, lo que no pudieron hacer las palabras, lo hizo un acto. Roto el cascarón, Maximiliano se encontró más valiente y dispuesto á medirse con la fiera. Lo que antes era como levantar una montaña, pareciale ya como alzar del suelo un pañuelo.

Oyó en calma los desahogos de su tía. ¡Cuántos argumentos se podían oponer á los que la buena señora disparaba con más ardor que lógica! Pero lo que es en argumentar con palabras, ¡qué diablo!, todavía no estaba él fuerte. Argumentaba con hechos. En esto sí que se pintaba solo. Cuando su tía tomó respiro dejándose caer sofocada en la silla próxima á la mesa, Maximiliano rompió á hablar á su vez; pero no era aquello razonar: era como si cogiera su corazón y lo volcara sobre la cama, lo mismo que había volcado la hucha después de cascarla.

—La quiero tanto—dijo sin mirar á su tía, y encontrando palabras relativamente fáciles para expresar sus sentimientos;—la quiero tanto, que toda mi vida está en ella, y ni ley ni familia ni el mundo entero me pueden apartar de ella... Si me ponen en esta mano la muerte y en esta

otra dejar de quererla y me obligan á escoger, preferiré mil veces morirme, matarme ó que me maten... La quise desde el momento en que la vi, y no puedo dejar de quererla, sino dejando de vivir...; de modo que es tontería oponerse á lo que tengo pensado, porque salto por encima de todo, y si me ponen delante una pared la paso... ¿Ve usted cómo rompen los jinetes del Circo de Price los papeles que les ponen delante cuando saltan sobre los caballos? Pues así rompo yo una pared si me la ponen entre ella y yo.

IV

Este símil hubo de impresionar vivamente á la gran doña Lupe, que contempló un rato á su sobrino con más lástima que ira.

—Yo me he llevado chascos en mi vida—dijo meneando la cabeza como los muñecos que tienen un alambre en el pescuezo;—pero un chasco como éste no me lo he llevado nunca. Me la has dado completa, á fondo, de maestro... Cierto que no tengo poder sobre ti... Si te pierdes, bien perdido estás. No me vengas á mí después con arrumacos. Te crié, te eduqué, he sido para ti una madre. ¿No te parece que debías haberme dicho: «pues, tía, esto hay?»

—Cierto que sí—replicó vivamente Maximiliano;—pero me daba reparo, tía. Ahora que me

he soltado, paréceme la cosa más fácil del mundo. De esta falta le pido á usted perdón, porque reconozco que me porté mal. Pero se me trababa la lengua cuando quería decir algo, y me entraban sudores... Me acostumbé á no hablar á usted más que de si me dolía ó no la cabeza, de que se me había caído un botón, de si llovía ó estaba seco y otras tonterías así... Oiga usted ahora, que después de callar tanto me parece que reviento si no le cuento á usted todo. La conocí hace tres meses. Estaba pobre, había sido muy desgraciada...

—Sí, sí, me han dicho que es muy corrida. Tienes buenas tragaderas—afirmó doña Lupe con crueldad.

—No haga usted caso..., los hombres son muy malos. ¿No conviene usted conmigo en que los hombres son muy malos? Y dígame usted ahora: ¿No es acción noble traer al buen camino á una alma buena que se ha descarriado?

—¡Y tú, tú—chilló la de Jáuregui con espanto, persignándose,—te has metido á pastor!

—Pero aguárdese usted, tía. No juzgue usted las cosas tan de ligero—insistió Maximiliano, apurado por no saber expresarse bien.—¡Si ella está arrepentida! Ni ha sido tampoco tan mala como á usted le han dicho. Si es un ángel...

—¡De cornisa! Buen provecho.

—Créame usted, y cuando la conozca...

—¡Yo..., conocerla yo! De eso está libre... Re-

pito que buen provecho te haga tu oveja, mejor dicho, tu cabra descarriada.

—Pero si no es eso..., es que yo no me expreso bien. Dígame una cosa: ¿el querer ser honrada no es lo mismo que serlo? ¿Dice usted que no? Pues yo no lo veo así, yo no lo veo así.

—¿Cómo ha de ser lo mismo querer ser una cosa que serlo?

—En el terreno moral, sí... Si conmigo es honrada y sin mí podría no serlo, ¿cómo quiere usted que yo le diga anda y vete á los demonios? ¿No es más natural y humano que la acoja y la salve? ¿Pues qué, las obras grandes y, cómo diré..., cristianas, se han de mirar por el lado del egoísmo?

Creyó el pobre muchacho que había puesto una pica en Flandes con este argumento, y observó el efecto que en su tía había hecho. La verdad es que doña Lupe se quedó un instante algo confusa sin saber qué responder. Al fin le contestó con desdén:

—Estás loco. Esas cosas no se le ocurren á nadie que tenga sesos. Me voy, te dejo, porque si estoy aquí, te pego: no tengo más remedio que romperte encima el palo de una escoba; y la verdad, si eres poco hombre para ese amor tan sublime, aún lo eres menos para recibir una paliza.

Maximiliano la sujetó por el vestido y la obligó á sentarse otra vez.

—Oígame usted..., tía. Yo la quiero á usted

mucho; yo le debo á usted la vida, y aunque usted se empeñe en reñir conmigo, no lo ha de conseguir... Vamos á ver. Lo que yo hago ahora, lo que la tiene á usted tan enojada es, según voy viendo, una acción noble, y mi conciencia me la aprueba, y estoy tan satisfecho de ella como si tuviera á Dios dentro de mí diciéndome: *bien, bien...* Porque usted no me puede hacer creer que estamos en el mundo sólo para comer, dormir, digerir la comida y pasearnos. No; estamos para otra cosa. Y si yo siento dentro de mí una fuerza muy grande, pero muy grande, que me impulsa á la salvación de otra alma, lo he de realizar, aunque se hunda el mundo.

—Lo que tú tienes—afirmó doña Lupe queriendo sostener su papel— es la tontería que te rebosa por todo el cuerpo... y nada más. No me engatusarás con palabritas. Vaya que de la noche á la mañana has aprendido unos términos y unos floreos de frases que me tienen pasmada... Estás hecho un poeta... en toda la extensión de la palabra; yo siempre he tenido á los poetas por unos grandes embusteros. . tontos de atar... Tú no eres ya el sobrinito que yo crié. ¡Cómo me has engañado!... Una mujer, una manceba, un belén!... Y ahora viene la de me caso, y á Roma por todo. Anda, ya no te quiero; ya no soy tu tía Lupe... No te echo de mi casa por lástima, porque espero que todavía has de arrepentirte y me has de pedir perdón.

Maximiliano, ya completamente sereno, movió la cabeza expresando duda.

—El perdón ya lo pedí por haber callado, y ya no tengo que pedir más perdones. Todavía hay algo que usted no sabe y que le quiero decir. ¿Cómo la he mantenido durante tres meses? ¡Ay, tía! Rompí la hucha: tenía tres mil y pico de reales; lo bastante para que viva con modestia, porque es muy económica, sumamente económica, tía, y no gasta más que lo preciso.

Esta revelación hizo vacilar un momento la ira de doña Lupe. ¡Era económica!... El joven sacó la hucha, y mostrándola á su tía, reveló el suceso como la cosa más natural del mundo, reproduciéndolo á lo vivo. «Mire usted: cogí la hucha vieja, después de traer ésta, que es enteramente igual. Machaqué la llena; cogí el oro y la plata y pasé á ésta el cobre, añadiendo dos pesetas en cuartos para que pesara lo mismo... ¿Quiere usted verlo?»

Antes que doña Lupe respondiera, Maximiliano estrelló la hucha contra el suelo, y las piezas de cobre inundaron la habitación.

—Ya veo, ya veo que no tienes desperdicio—observó doña Lupe recogiendo la calderilla.—¿Y cuando se te acabe el dinero? ¿Vendrás á que yo te dé? ¡Ay, qué equivocado estás!

—Cuando se me acabe, Dios me socorrerá por algún lado—dijo Maximiliano con fe.

Estaba excitadísimo y tenía el rostro encen-

didó. Doña Lupe no había visto nunca tanto brillo en aquellos ojos ni animación semejante en aquella cara. Cuando entre los dos hubieron recogido las piezas, la tía las envolvió en un número de *La Correspondencia*, y arrojando el paquete sobre la cómoda, dijo con soberano menosprecio:

—Ahí tienes, para el regalo de boda.

Maximiliano guardó en la cómoda el pesado paquete, y después se puso la capa. Doña Lupe no se atrevió á retenerle, pues aunque su corazón se llenó de sentimientos de soberbia y autoridad, nada de esto pudo traducirse al exterior, porque en el momento de intentarlo, un freno inexplicable la contuvo. Sentía desvanecida su autoridad sobre el enamorado joven; veía una fuerza efectiva y revolucionaria delante de su fuerza histórica, y si no le tenía miedo, era innegable que aquel repentino tesón la infundía algún respeto.

Aquella mujer, que dormía á pierna suelta después de haber estrangulado, en connivencia con Torquemada, á un infeliz deudor, estaba intranquila ante los problemas de conciencia que le había planteado su sobrino tan candorosamente. Si quería tanto á esa mujer, ¿con qué derecho oponerse á que se casara con ella? ¿Si tenía la tal inclinaciones honradas, y buen toma de honradez era el ser tan económica, ¿quién cargaba con la responsabilidad de ata-

jarla en el camino de la reforma? Doña Lupe empezó á llenarse de escrúpulos. Su corazón no era depravado sino en lo tocante á préstamos; era como los que tienen un vicio, que fuera de él, y cuando no están atacados de la fiebre, son razonables, prudentes y discretos.

Al día siguiente, después de otro altercado con su sobrino, apuntaron vagamente en su alma las ideas de transacción. Ya no cabía duda de que la pasión de Maximiliano era tenaz y profunda, y de que le prestaba energías incontrastables. Ponerse frente á ella era como ponerse delante de una ola muy hinchada en el momento de reventar. Doña Lupe reflexionó mucho todo aquel día, y como tenía un gran sentido de la realidad, empezó á reconocer el poder que ejercen sobre nuestras acciones los hechos consumados, y el escaso valor de las ideas contra ellos. Lo de Maxi sería un disparate, ella seguía creyendo que era una burrada atroz; mas era un hecho, y no había otro remedio que admitirlo como tal. Pensó entonces con admirable tino que cuando en el orden privado, lo mismo que en el público, se inicia un poderoso impulso revolucionario, lógico, motivado, que arranca de la naturaleza misma de las cosas y se fortifica en las circunstancias, es locura plantársele delante; lo práctico es sortearlo y con él dejarse ir, aspirando á dirigirlo y encauzarlo. Pues á sortear y dirigir aquella revolución domésti-

ca; que atajarla era imposible, y el que se le pusiera delante, arrollado sería sin remedio... De esta idea provino la relativa tolerancia con que habló á su sobrino en la segunda noche de confianzas, la maña con que le fué sacando noticias y pormenores de su novia, sin aparentar curiosidad, aventurándose á darle algunos consejos. Verdad que entre col y col le soltaba ciertas frescuras; pero esto era muy estudiado para que Maxi no viera el juego. «No cuentes conmigo para nada; allá te las hayas... Ya te he dicho que no quiero saber si tu novia tiene los ojos negros ó amarillos. A mí no me vengas con zalamerías. Te oigo por consideración; pero no me importa. ¿Que la vaya yo á ver? ¡Estás tú fresco!...»

A Maximiliano le había dado su metamorfosis una penetración intermitente. En ocasiones poseía la vista rápida y segura del ingenio superior; en ocasiones era tan ciego que no veía tres sobre un burro. Las pasiones exaltadas producen estas pasmosas diferencias en la eficacia de una facultad, y hacen á los hombres romos ó agudos cual si estuviera el espíritu sometido á una influencia lunática. Aquel día leyó el joven en el corazón de doña Lupe y apreció sus disposiciones pacificadoras, á pesar de las frases estudiadas con que las quería disimular. Hizo además un razonamiento que demuestra la agudeza genial que adquiriría en ciertos momentos de verdadero estro, adivinando por arte de inspira-

ción los arcanos del alma de sus semejantes. El razonamiento fué éste: «Mi tía se ablanda; mi tía se da á partido. Y como Fortunata no le debe dinero, ni se lo deberá nunca, porque estoy yo para impedirlo, ha de llegar día en que sean amigas.»

V

Porque doña Lupe era tal y como su sobrino la pintaba en aquella breve consideración: era juiciosa, razonable; se hacía cargo de todo; miraba con ojos un tanto escépticos las flaquezas humanas, y sabía perdonar las ofensas y hasta las injurias; pero lo que es una deuda no la perdonaba nunca. Había en ella dos personas distintas, la mujer y la prestamista. El que quisiera estar bien con ella y gozar de su amistad, tuviese mucho cuidado de que las dos naturalezas no se confundieran nunca. Un simple pagaré, extendido y firmado de la manera más cordial del mundo, bastaba á convertir la amiga en basilisco, la mujer cristiana en inquisidora.

La doble personalidad de esta señora tenía un signo externo en su cuerpo, una representación fatal, obra de la cirugía, que en este punto fué una ciencia justiciera y acusadora. A doña Lupe le faltaba un pecho, por amputación á consecuencia del tumor escirroso de que padeció en vida de su marido. Como presumía de buen

cuerpo y usaba corsé dentro de casa, aquella parte que le faltaba la suplió con una bien construída pelota de algodón en rama. A la vista, después de vestida, ofrecía gallardo conjunto; pero tras de la ropa, sólo la mitad de su seno era de carne: la otra mitad era insensible, y bien se le podía clavar un puñal sin que le doliese. Lo mismo era su corazón: la mitad de carne, la mitad de algodón. La índole de las relaciones que con las personas tuviese determinaba el predominio de tal ó cual mitad. No mediando ningún pagaré, daba gusto de tratar con aquella señora; mas como las circunstancias la hicieran *inglesa*, ya estaba fresco el que se metiese con ella.

Y no había sido así en vida de su marido. Verdad que en aquel tiempo venturoso no manejaba más dinero que el que Jáuregui le daba para el gasto de la casa. Después de viuda, viéndose con cuatro cachivaches y cinco mil reales, imaginó fundar una casa de huéspedes; pero Torquemada se lo quitó de la cabeza, ofreciéndose á colocarle sus dineros con buen interés y toda la seguridad posible. El éxito y las ganancias engolosinaron á doña Lupe, que adquirió gradual y rápidamente todas las cualidades del perfecto usurero, y echó el medio pecho de algodón, haciéndose insensible, implacable y dura cuando de la cobranza puntual de sus créditos se trataba. Los primeros años de esta vida pasó la seño-

ra grandes apuros, porque los réditos, aun con ser tan crecidos, no le bastaban al sostenimiento de su casa. Pero á fuerza de orden y economía fué saliendo adelante, y aun hizo verdaderos milagros atendiendo á las medicinas que Maximiliano necesitaba y á los considerables gastos de su carrera. Quería mucho á su sobrino y se afanaba porque nada le faltara. Este mérito grande no se le podía negar. Lo que dijo del garbanzo que tenía el valor de una perla, es muy cierto. Pero no lo es que hubiese practicado la usura por el solo interés de dar carrera al sietemesino. Esto se lo decía ella á sí propia en sus soliloquios; pero era uno de esos sofismas con que quiere cohonestarse y ennoblecerse el egoísmo humano. Doña Lupe *trabajaba en préstamos* por pura afición que le infundió Torquemada, y sin sobrino y sin necesidades habría hecho lo mismo.

Cuando vinieron los años bonancibles y el capitalito de la viuda ascendió á dos mil duros, inicióse un período de buena suerte que debía de ser pronto increíble prosperidad. Cayó en las combinadas redes de los dos prestamistas un pobre señor, más desgraciado que perverso (que había sido director general y vivía con gran rumbo á pesar de estar á la cuarta pregunta), y no quiero decir cómo le pusieron. Los dos mil duros de doña Lupe crecieron como la espuma en el término de tres años, renovando obligacio-

nes, acumulando intereses y aumentando éstos cada año, desde dos por ciento mensual, que era el tipo primitivo, á cuatro. A la pobre víctima le sacó Torquemada mucho más, porque se adjudicó sus muebles riquísimos por un pedazo de pan; pero el tal se lo tenía muy bien merecido. Después se rehizo con un destino en la administración de Cuba; se volvió á perder, tornó á reponerse en Filipinas, y ahora está por cuarta vez en poder de los vampiros. Como ya no hay dinero en las colonias, parece difícil que este desventurado haga la quinta pella. Dicen que América para los americanos. ¡Vaya una tontería! América para los usureros de Madrid.

En la fecha en que nuestra narración coge á doña Lupe, tenía ya un caudalito de diez mil duros, parte asegurado en acciones del Banco y parte en préstamos con pagaré legalizado, figurando mucha mayor cantidad de la percibida por el deudor. El ex-alabardero era enemigo *del materialismo* de las hipotecas con seguridad legal y rédito prudente. Los préstamos arriesgados con premio muy subido eran su delicia y su arte predilecto, porque aun cuando alguno no se cobrase hasta la víspera del Juicio Final, la mayor parte de las víctimas caían atontadas por miedo al escándalo, y se doblaba el dinero en poco tiempo. Tenía olfato seguro para rastrear á las personas pondonorosas, de esas que entregan el pellejo antes que permitir andar en len-

guas de la fama, y con éstas se metía hasta el fondo, se *atraca* de deudor.

Poco á poco fué transmitiendo su manera de ser, de obrar y sentir á su compinche, como se pasa la imagen de un papel á otro por medio del calco ó el estarcido. Cada vez que D. Francisco le llevaba dinero cobrado, un problema de usura resuelto y finiquito, se alegraba tanto la viudita que se le abrían los poros, y por aquellas vías se le entraba el carácter de Torquemada á poseionarse del suyo é informarlo de nuevo.

La esposa de Torquemada estaba hecha tan á semejanza de éste, que doña Lupe la oía y la trataba como al propio D. Francisco. Y con el trato frecuente que las dos señoras tenían, doña Silvia llegó también á ejercer gran influencia sobre su amiga, imprimiendo en ésta algunos rasgos de su fisonomía moral. Era hombruna, descarada, y cuando se ponía en jarras hacía temblar á medio mundo. Más de una vez aguardó en la calle á un acreedor, con acecho de asesino apostado, para insultarle sin piedad delante de la gente que pasaba. A esto no llegó ni podía llegar la de Jáuregui, porque tenía ciertas delicadezas de índole y de educación que se sobreponían á sus enconos de usurera. Pero si fueron juntas alguna vez á la casa de una infeliz señora viuda que les debía dinero, y después de apremiarla inútilmente para que les pagara, echaron miradas codiciosas hacia los muebles. Las dos

harpías cambiaron breves palabras frente á la víctima, que por poco se muere del susto. «A usted le conviene esta copa-brasero—dijo doña Silvia,—y á mí aquella cómoda.» Hicieron subir á los mozos de cordel y se llevaron los citados objetos, después de quitarle á la cómoda la ropa y á la copa el fuego. La deudora se avino á todo por perder de vista á las dos infernales mujeres que tanto pavor le causaban.

La copa aquella estaba en la sala de doña Lupe, mas no se encendía nunca. Maximiliano sabía su procedencia, así como la de un vargueno y un armario soberbio que en la alcoba estaban. La mesa en que el estudiante escribía entró en la casa de la misma manera, y la vajilla buena que se usaba en ciertos días fué adquirida por la quinta parte de su valor, en pago de un pico que adeudaba una amiga íntima. Doña Silvia había hecho el negocio, que doña Lupe no se atreviera á tanto. Un centro de plata, dos bandejas del mismo metal y una tetera que la señora mostraba con orgullo, habían ido á la casa empeñadas también por una amiga íntima y allí se quedaron por insolvencia. Maximiliano se había enterado de muchos pormenores concernientes á los manejos de su tía. Las alhajas, vestidos de señora, encajes y mantones de Manila que pasaban á ser suyos, tras largo cautiverio, vendíalos por conducto de una corredora llamada Mauricia la Dura. Esta iba á

la casa con frecuencia en otros tiempos; pero ya apenas *corria*, y doña Lupe la echaba muy de menos, porque aunque era muy alborotada y disoluta, cumplía siempre bien. Asimismo había podido observar Maximiliano en su propia casa lo implacable que era su tía con los deudores, y de este conocimiento vino el inspirado juicio que formuló de esta manera: «Si me caso con Fortunata y si la suerte nos trae escaseces, antes pediremos limosna por las calles que pedir á mi tía un préstamo de dos pesetas... Mientras más amigos, más claros.»

IV

Nicolás y Juan Pablo Rubín.—Propónense nuevas artes y medios de redención.

I

Hallábase doña Lupe, en el fondo de su alma, inclinada á la transacción lenta que imponían las circunstancias; mas no quiso dar su brazo á torcer ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente, hasta tanto que viniese Juan Pablo y hablaran tía y sobrino de la inaudita novedad que había en la familia. Una mañana, cuando Maximiliano estaba aún en la cama no bien dormido ni despierto, sintió ruido en la escalera y en los pasillos. Oyó primero patadas y gritos de mozos que subían baúles; después la voz de su hermano Juan Pablo, y lo mismo fué oírle que sentir renovado en su alma aquel pícaro miedo que parecía vencido.

No tenía malditas ganas de levantarse. Oyó á su tía regateando con los mozos por si eran tres ó eran dos y medio. Después le pareció que Juan Pablo y su tía hablaban en el comedor. ¡Si le estaría contando aquello...! Seguramente, porque su tía era muy novelera, y no gustaba